



REVISTA
DE INVESTIGACIÓN
Y PEDAGOGÍA
DEL ARTE,
FACULTAD DE ARTES,
UNIVERSIDAD
DE CUENCA;
NÚMERO 7,
ENERO-JUNIO DE 2020.
ISSN 2602-8158.
COPYRIGHT © 2020.
ARTÍCULO DE ACCESO
ABIERTO CON LICENCIA
CREATIVE COMMONS
ATTRIBUTION

APUNTES SOBRE LA FORMACIÓN NO SISTÉMICA EN FOTOGRAFÍA,
CON MOTIVO DE UNA EXPOSICIÓN EN LA HABANA / NOTES
ON THE NON-SYSTEMIC TRAINING IN PHOTOGRAPHY, ON THE
OCCASION OF AN EXHIBITION IN HAVANA

JORGE LUIS RODRÍGUEZ AGUILAR

Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro (Cuba) / aguilarjlr@cubarte.cult.cu

RESUMEN: Cada día, la fotografía se convierte en un medio más imprescindible, accesible y democrático. Las nuevas tecnologías han ayudado, sobremanera, a desarrollarla. Hacerla ya no resulta difícil, pero enseñar cómo hacerla es otro problema. Una buena fotografía se descubre al instante. ¿Cómo lograr, entonces, enseñar a realizar una buena fotografía? ¿Hasta dónde pueden influir los nuevos proyectos pedagógicos fotográficos para garantizar la calidad de la imagen?

PALABRAS CLAVE: Fotografía, proyectos pedagógicos, calidad de la imagen, metodología, pedagogía de la fotografía

ABSTRACT: Every day, photography becomes a more indispensable, accessible and democratic medium. New technologies have greatly helped to develop photography. Doing it is no longer difficult, but teaching how to do it is another problem. A good photograph is discovered instantly. So how can we teach how to make a good photography? How far can new pedagogical photographic projects influence the quality of the image?

KEYWORDS: Photography, educational projects, image quality, methodology, photographic pedagogy

RECIBIDO: 3 de octubre de 2019 / **ACEPTADO:** 21 de noviembre de 2019

1. INTRODUCCIÓN

La fotografía, en cualquiera de sus maneras y estilos, siempre nos permite viajar. Nos traslada a un momento, a un espacio, nos anima a buscar dentro de cada uno de nosotros un recuerdo similar, como parte de ese proceso semiótico que construye; nos hace comparar la realidad y proyecta, a través de nosotros, decenas de reacciones emotivas que se traducen, en gran medida, como elementos valorativos de lo que

estamos percibiendo. Podemos aceptarlas o no, gustarlas o rechazarlas, quererlas en mayor o menor medida. Lo que no podemos negar es que, cada una de ellas, es una ventana abierta al más íntimo deseo de soñar.

Construir una fotografía no es difícil; sin embargo, enseñar cómo hacerlo se torna algo mucho más complejo. ¿Por qué «construir» y no realizar? Por lo general, todas las personas estamos capacitadas para hacer una buena fotografía. Para ello solamente conviene estar en el momento y en el lugar adecuados y que se junten algunos elementos como una correcta iluminación, una situación-escena-objeto fotográfico determinado que sea pintoresco, gracioso, de alto valor histórico, ilógico o irreplicable, encuadrar y ¡pum...! Tenemos una foto digna de mostrar, de regalar, de comercializar y de sentirnos bendecidos con la gracia de santa Verónica, patrona-protectora de los fotógrafos.

Una buena fotografía se descubre enseguida; uno la siente. Con muy pocas excepciones, el sentido común no falla. Lo bueno descubre una sonrisa, un asombro, un arqueado de cejas y hasta una reacción explosiva, pero no nos deja impasibles. Hoy día, gracias a los avances de la tecnología, el hecho fotográfico se ha democratizado como nunca antes; seguramente mucho más que hace cincuenta años. Ahora mismo, cualquiera que disponga de un dispositivo digital, ya no de una cámara fotográfica como normalmente se entiende, sino de un teléfono celular, un tablet, un ordenador portátil o de cualquier otro artefacto de este tipo, puede registrar lo que sucede y guardar, como en una bitácora, cada uno de los momentos que marcan su vida. No tuvo que tener grandes pretensiones para hacerlo, solo desear conservar ese instante determinado para recordarlo. Eso, en sí, también es hacer fotografía.

2. DESARROLLO

Durante mucho tiempo se consideró que este género visual pertenecía a cierta élite que dominaba, más que nada, una técnica, porque el concepto vino después. Tomar una foto duraba lo mismo que ahora: un instante; es un hecho completamente fugaz. Pero el proceso final para poder tenerla en las manos y percibirla tal cual, tenía otro *tempo* y requería mucho más conocimiento, porque revelar la foto era una verdadera alquimia que puede complicarse en las manos de cualquier joven inexperto. En cambio, ahora mismo, nadie se preocupa ya por eso, porque lo inmediato terminó por

olvidar una parte de la historia y aceleró a niveles impensables el proceso de producción, distribución y consumo. Nada de esto determina, todavía, la calidad.

Salvo en personas con una condición profesional determinada, construir una fotografía sigue siendo un proceso instintivo. Nadie intenta filosofar ni analizar al extremo una situación antes de disparar: «Quiero que esto salga y esto otro también. Ah, y cuidado con que esto de aquí no...». Nada de eso: una fotografía no se hace así. Es un acto reflejo, mecánico y connatural, asimilado por el tiempo, el ejercicio constante y porque la fotografía no es algo extraño para nosotros. Siempre organizamos, siempre manipulamos la composición, siempre buscamos o queremos que esa foto nos quede bien y nos hable...

Una buena fotografía siempre nos comunica algo. Bueno, una mala también: que quien la tomó todavía no sabe cómo hacerlo. Día tras día, a partir de nuestras vivencias, situaciones y circunstancias emotivas llenamos ese arsenal de herramientas que nos define y, poco a poco, forma también nuestro gusto, que es un elemento importante para construir y valorar cualquier imagen. Construir una fotografía requiere de conocimientos que se solidifican con el tiempo, de una experiencia práctica, porque quien no hace fotos no puede pretender ser un fotógrafo y, finalmente, de un porcentaje muy particular de genialidad: esa que requiere cada artista.

La calidad de una foto pasa por un proceso que va de lo empírico-casual a lo altamente pensado o, como diría Roland Barthes: lo manipulado.¹ De la *eidos* o la forma pensada a la *morphé* o la forma realizada. No podemos olvidar que la fotografía fue la más rezagada de las artes, porque muchos se negaron a considerarla así y se denigró como algo técnico, que *realizaba* un aparato y que era fruto de la casualidad. Por suerte, el tiempo y la permanencia lograron desterrar esa posición negacionista, aunque todavía algunos pocos se resisten.

La fotografía es arte; es un género que intenta subvertir la realidad y captar lo imposible.² Eso, para mí, no es un simple hecho sino algo que me preocupa y las razones son diversas. ¿Enseñar a construir una foto te hace artista? ¿Conocer la técnica fotográfica es una garantía de algo? ¿Sigue teniendo valor artístico una

¹ En este texto imprescindible, Barthes (1961) define seis procedimientos de connotación de la imagen y de su subjetividad, que puede enfrentar una fotografía.

² Sobre este particular se puede profundizar en Pink (1996), Fontcuberta (2004), Nieto (2005) y Rodríguez-Aguilar (2014).

construcción empírica? ¿Hasta dónde una «escuela» forma a un verdadero artista del lente?

Aunque son relativamente jóvenes, la ciudad se ha visto irrumpida de proyectos que estimulan la producción fotográfica. Este fenómeno, impensable hace veinte años, tiene ya algunos espacios de referencia, que comienzan a conformar una hilada dentro de la singular historia de la pedagogía de este campo en Cuba. Digo *singular* porque, increíblemente, hasta la fecha no se ha instituido de manera oficial la formación de fotógrafos ni la especialización dentro de las escuelas de arte: algo que no solo es un reclamo de tiempo, sino que ya es preocupante. Hay quienes opinan que sí, que es necesario, mientras que otros... A falta de ponerse de acuerdo, la iniciativa privada ha tomado la delantera. Las pocas *escuelas* de fotografía han procurado adentrarse en un área del conocimiento en el cual existe una necesidad. Cada uno de estos espacios cuenta con una manera muy propia de abordar el fenómeno. A mi juicio, todavía se quedan en el aspecto más técnico. Sin demeritar su trabajo, pudiera decirse que intentan «graduar fotógrafos», porque formar a un verdadero artista requiere de otros derroteros.

Lograrlo no es algo que se consiga tan fácil, como se piensa. Primero, porque depende muchísimo de lo que se enseñe, del plan formativo que se persiga y de lo que se pretende «graduar». Si eso no se tiene claro, bueno... Otro factor determinante es quién lo enseña, porque cualquiera no transmite este tipo de conocimientos. Muchas veces un buen creador no logra comunicar verbalmente lo que, se supone, forma parte del acervo especializado necesario o, simplemente, no sabe cómo motivar, provocar o despertar determinado potencial en un estudiante. Esto se entrelaza, ineludiblemente, con la metodología que se utiliza, lo cual es esencial, y, por último, el alumnado, para mí lo más importante. Se debe tener muy en cuenta sus capacidades intelectuales, sus motivaciones, su poder de asombro, de saber preguntarse y de ver, a largo plazo, qué pretenden hacer y cómo se ven dentro de esta profesión.

Algo más que sucede, que atenta en gran medida contra la calidad de ese graduado, es comprender que los procesos formativos especializados del arte se estructuran en un sistema. Tal vez un hacedor de fotos, de «mira y aprieta», se puede *fabricar* en tres meses o un año, pero a un verdadero artista, cuyo medio de expresión es la imagen fotográfica, requiere de un tiempo de vida, de producción y de choque constante con el fenómeno. Necesita conocer sus antecedentes, construir una línea discursiva, una

manera de decir efectiva desde el ensayo, desde el discurso conceptual y desde la proyección de su obra en espacios legitimadores, así como explorar nuevas formas de representar más allá de la foto impresa, que no es la única opción válida y que sigue siendo tan común encontrar.

Existe una rivalidad no declarada sobre la pedagogía fotográfica, matizada en los *cómo* y los *porqué* de cada una de las partes que intervienen en el proceso. Las escuelas, cursos o talleres que hoy pueblan el espacio privado nacional, que intentan romper el inmovilismo de la «enseñanza» de la fotografía en Cuba, ha encontrado muchos asideros donde descansar lo loable de su empeño. No pondero una forma sobre otra, pero cuidado: aparecen espacios por ahí, porque lo ven seguramente como un negocio para lucrar, que deslucen el trabajo de otros.

Un medio que se ha revelado tan democrático, ha visto crecer y destacarse a una buena cantidad de entusiastas que, desde estas escuelas o como parte de algunos proyectos culturales —me atrevo a mencionar Lente Artístico, que vincula el ejercicio fotográfico con lo ameno e instructivo que resulta caminar y descubrir la ciudad de La Habana, acompañados por especialistas de la Oficina de Patrimonio Cultural—, espacios de promoción y de concursos sobre determinados aspectos y temas, potencian la producción fotográfica. Cabe destacar, así, las exhibiciones de los resultados finales de estos talleres y la socialización-interacción que en ellos se provoca. También, por qué no, el aumento de su presencia en las redes sociales, que, si no es el espacio ideal, por lo menos es el más idóneo.

En este sentido, vale la pena destacar la más reciente exposición de la Casa del Fotógrafo (antigua Academia) Cabrales del Valle, un verdadero termómetro que nos permite medir el nivel de impacto de este género y de la calidad de lo que se puede hacer solo con el empeño y la metodología adecuada. Insisto en que nadie es dueño de una metodología superior ni mejor, sino que esta, para ser adecuada, debe cumplir sus propósitos y ser óptima, como enunciaba Gombrich (2000), desde la relación función-norma-valor, lo que sin dudas la convierte en efectiva.

Con *I love Habana*, exhibida en la galería La Moderna, de Centro Habana, se hace patente los resultados de los talleres de la Casa, con piezas como *Caminando junto al Apóstol* y *Cuba sí, coño* de Alejandro Hernández Barnet, que rememoran el fotorreportaje más épico, junto a *El piano* de María Zaima Alfonso Kijek, muy abstracta en su naturaleza, pero muy simbólica en su mensaje, lo que vislumbra un

dueto comunicativo excelente. Otras dos, destacables en su concepción, porque realzan la subjetividad del ángulo que utilizan y la luz para matizar los contrastes desde los medios tonos que hay en la fotografía —en una el edificio: la Ciudad Deportiva; en la otra, a un jugador de ajedrez—, es *En el anochecer* de Yadira Collado Bello y *Chess Time* de Yailén Ruz Velázquez.

Cada una, a su manera, nos permiten reconocer una profundidad objetiva dentro de la óptica social de nuestra Habana. Nos muestran un recorrido por los espacios más emblemáticos de la urbe, lo que puede ser, en cierto modo, contraproducente porque obliga a repetir los mismos tópicos de siempre: el malecón, sus pescadores, el viejito desahuciado, el anciano que pasa trabajo, que tiene problemas psicológicos o físicos, los niños que juegan en la calle o los detalles de una ruina de lo que pudo ser cualquier edificio notable. Así y todo, hay piezas que realzan su valor al mostrar un juego muy bien logrado de contrastes visuales, con temáticas propias, asumidas no desde la efectividad, sino desde la solución bien pensada que se propone como diálogo, porque la fotografía debe contarnos una historia, debe revelar un mensaje que, si bien muchos declaran polisémico, tiene que poder cautivar y motivar la reflexión. La foto vacía, por el mero hecho de recoger un objeto o inmortalizar un momento, no dice nada.

Un elemento que todavía pesa y que no es exclusivo de esta muestra, es la curaduría, que no permite ver con claridad una línea conceptual o el por qué recurrir solo a la fotografía impresa, sin valorar lo efectivo y oportuno como recurso formal que apoya y refuerza una idea, desde otras operatorias como la foto instalación, la proyección, el video, la foto volada, sin enmarcar... Pero estas observaciones, a fin de no querer ser críticas contra una metodología, coinciden con los argumentos inicialmente expuestos, que señalan la necesidad de replantearse algunas condiciones generales del proceso formativo no sistémico de la fotografía, al menos, en la ciudad.

Otro tanto ocurre con el desmedido uso de determinados programas de retoque, posproducción o revelado digital, como le suelen llamar. De todos, el Photoshop se erige como el preferido para recomponer y ajustar los «detalles» molestos, a veces innecesariamente. En mi opinión, una foto que requiera ser procesada más allá del reencuadre, el ajuste de contrastes o el viraje tonal, deja de tener sentido. Si lo que se desea es hacer un collage o una fotocomposición a manera del más tradicional arte digital, entonces sí cualquiera de estas herramientas es imprescindible. Pero si lo que

se pretende es hacer fotografía, sobran las razones. Por tal sentido, no comprendo la importancia que le dan algunas de estos talleres y escuelas al aprendizaje y explotación, casi a nivel cibernético, de estos programas. Tal vez sería más efectivo —lo digo desde mi experiencia—, asumir una metodología resolutive de problemas artísticos desde la fotografía, que no necesariamente implican la utilización de un software de edición. Una vez enunciado el «ejercicio», los estudiantes trabajarían y decidirán, como parte de su proceso creativo, si las procesan o no y cuáles serían, entonces, las mejores opciones para resaltar u opacar determinada situación en la imagen. Es, nada más, asumir un proceso significativo de aprendizaje, mediante el cual cada uno aprende a partir de sus necesidades y fija el contenido desde la práctica: despertar la motivación desde la solución de un problema.³

3. CONCLUSIONES

Defiendo la fotografía que sale limpia de la cámara y apuesto por esa que no necesita más que lo mínimo, porque lo otro, la verdadera manipulación, se logró en el proceso de componer y armar la escenografía, al controlar la iluminación, al seleccionar el objeto, el modelo adecuado o los parámetros ideales para lograr una buena imagen, no en la posproducción photoshopgráfica.

Muchos ven el proceso de otra manera y hasta pueden no coincidir en todo conmigo; es parte de la dialéctica y del debate que defiendo. Es oportuno y necesario continuar ampliando los espacios académicos para la fotografía, más allá del ámbito que he tomado como referencia (La Habana, Cuba). No se gana nada con cerrar y prohibir. El arte, del cual la fotografía forma parte ineludiblemente, es una manifestación abierta, que llevamos todos por dentro, que brota del alma y que no se puede detener. Se necesitan más espacios para el diálogo y la creación. Lo han demostrado las iniciativas privadas; pensemos en eso.

³ En tal sentido, conviene estudiar de qué manera el trabajo en la fotografía entronca con la solución de problemas típicos de la investigación-creación en las artes. Véase al efecto Moya Méndez (2019a, 2019b).

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R. (1961). Le message photographique. *Communications*, 1, 127-138.
- Collier, J. (1975). Photography as Visual Anthropology. En *Principles of Visual Anthropology* (págs. 211-230). London: Mouton Publishers.
- Fontcuberta, J. (3 de junio de 2004). La fotografía será narrativa o no será. *El Mundo*, suplemento *El Cultural*, pág. 36.
- Gombrich, E. (2000). *Arte, Percepción y Realidad*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Moya Méndez, M. (2019a). Contribución teórico-metodológica a la praxis de la investigación-creación en las artes. *Islas*, N° 192, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara; <http://islas.uclv.edu.cu/index.php/islas/article/view/1155>
- Moya Méndez, M. (2019b). La crítica genética como metodología para la documentación narrativa de experiencias artísticas. *Tsanta*, N° 7 (Número Especial del Congreso IDEA 2019), Universidad de Cuenca, Cuenca; <https://publicaciones.ucuenca.edu.ec/ojs/index.php/tsantsa/article/view/2914>
- Nieto, E. M. (2005). El valor de la fotografía. Antropología e imagen. *Gaceta de Antropología N°21*.
- Pink, S. (1996). Excursiones socio-visuales en el mundo del toreo. En *Antropología de los sentidos* (págs. 125-138). Madrid: Celeste Ediciones.
- Rodríguez-Aguilar, J. L. (2014). La fotografía como medio para documentar (las) otras artes y ciencias. *Negra No. 7*, 27-32.
- Williams, V. (2012). *When Photography Really Works*. New York: Barron's Educational Series, Inc.